

Tamsyn Murray

MI CHICA FANTASMA

Traducción:

VANESA PÉREZ SAUQUILLO

MAEVA  young

CAPÍTULO 1

Supu que había llegado el momento de cambiar cuando un vagabundo se hizo pis en mis botas Uggs.

Vale, no lo hizo a propósito... Hasta puede que fuera culpa mía por no mirar por dónde iba... Pero aun así, fue sin duda lo más repugnante que me pasó aquella semana.

—¡Puaaaaajjj! ¡Qué asco! —Solté un alarido de espanto y retrocedí atravesando el urinario—. ¿Tienes idea de cuánto cuestan?

Con total indiferencia, el vagabundo terminó su labor y se dirigió a las escaleras. Contemplé amargamente cómo se iba.

—¡La próxima vez méate en tus propios pies! —grité a su espalda. Aunque, a juzgar por el rastro de huellas mojadas que iba dejando, acababa de hacerlo. Y, como más o menos todos mis visitantes, no se detuvo a lavarse las manos. Supongo que tenía excusa. Si hueles como el fondo de un cubo de basura, probablemente la higiene no sea tu máxima prioridad.

No era la primera vez que me encontraba con pis hasta los tobillos. Cuando apareces en unos baños públicos, va unido al territorio un exceso de

familiaridad con las funciones más básicas del ser humano. En los primeros días, a menudo me hallaba hundiéndome en el suelo o a través de cualquier cosa en la que me hubiera sentado, pero no me llevó mucho tiempo adaptarme a tener menos sustancia que el algodón de azúcar. Una vez que la novedad de atravesar paredes y desafiar la gravedad se hubo acabado, pasaba la mayoría del tiempo escondida en el armario de la limpieza, con sus estantes para el papel higiénico y las fascinantes botellas de líquidos desinfectantes, muerta de aburrimiento. Lo diferente de ese día había sido Jeremy: me dio la esperanza de que no estaba destinada a merodear por los aseos masculinos de la esquina de Carnaby Street durante el resto de mis días.

Probablemente ya os habréis dado cuenta de que no soy la típica chica de quince años. Antes de morir era bastante normal. La parte favorita de mí misma era mi pelo: oscuro y sedoso; era impresionante cuando me molestaba en alisarlo. Freya, mi mejor amiga y cómplice, solía hablar de mis ojos, cuyo color describía como «esmeralda exótico». He perdido la cuenta de las veces que nos castigaron por abusar del lápiz de ojos y el rímel prohibidos. La meta de nuestros esfuerzos era el guapísimo Jamie Bickerstaffe. Sin comparación posible, Jamie era oficialmente el terror de las nenas del instituto St. Augustine. Me había propuesto que algún día él se fijara en mí, y supongo que

finalmente lo hizo. Solo que no de la manera que yo esperaba.

Aparte de las normas sin sentido y de las amenazas ocasionales, en general el instituto era soportable. Yo no era la más guay de la clase, pero tampoco la *friki*. Hasta el día de hoy doy gracias a mi buena estrella por no haber muerto con el uniforme del colegio, o habría quedado unida a una chaqueta color caca para toda la eternidad. Quién sabe, puede que haya un Dios, después de todo.

Jeremy no era diferente de los demás la tarde en la que entró por primera vez. Yo estaba pasando por la fase de clasificar a mis visitantes según sus costumbres en el baño. No creeríais lo que hacen algunos cuando están a solas en el váter. Aunque, bueno, tal vez sí lo creeríais.

Era un cantarín. De hecho, fue su desafinada interpretación de *Blame it on the Boogie*, de los Jackson Five, lo que me impulsó a salir de mi armario para echarle un vistazo.

Analiqué críticamente su gastada cazadora de motorista y sus vaqueros grises. Por detrás parecía un profesor de geografía intentando parecerse a sus alumnos. Eso le hizo perder puntos. Aunque los compensó con su gusto musical. Como mi padre decía siempre: un fan del primer Michael Jackson no puede ser malo del todo.

Su imagen en el espejo me demostró que no era el vejestorio que me había imaginado al principio. A pesar de que le empezaba a escasear el pelo rubio,

supuse que tendría alrededor de veinticinco años. En general, no llevaba mala puntuación en el despreciómetro. De hecho, al no tirarse pedos y haberse lavado las manos, había entrado como una bala en la lista de los diez huéspedes más agradables de esa semana.

Y entonces todo cambió. Levantó la vista.

—¡Aaaaaaahhhh! —Tropezando hacia atrás, se subió la cremallera mientras su cara enrojecía de aterrorizada vergüenza—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

Resistí la tentación de mirar hacia atrás.

—¿Me estás hablando a mí?

—¿A quién si no? —Volviéndose, me fulminó con la mirada—. Este es el servicio de *hombres*. Tú deberías estar en el de señoras de la puerta de al lado.

Mi mente chisporroteó frenética. Podía verme. ¡Podía *verme* de verdad! Le habría dado un abrazo. Bueno, no habría podido, pero ya sabéis lo que quiero decir.

—A ver si lo entiendo. ¿Puedes verme y oírme?

Su expresión cambió. Me estaba empezando a dar la impresión de que lamentaba haber entablado conversación conmigo.

—¿Estás aquí sola? —dijo con exagerada lentitud, como si yo tuviera cuatro años. Eso me molestó.

Puse los ojos en blanco.

—No, estoy aquí con mis colegas en una fiesta ilegal... Pues claro que estoy sola.

Sonrió de una forma que, supongo, pensaría que era tranquilizadora. Le hizo parecerse al presentador trastornado de un programa para niños.

—De acuerdo, voy a buscar ayuda. Tú quédate aquí.

Sin dejar de mirarme, atravesó el baño hasta el pie de la escalera. Casi como si acabase de ocurrírsele, se detuvo para lavarse las manos bajo el grifo. Lo vi marchar con una mezcla de curiosidad e irritación. Llevaba muerta seis meses y, a pesar de unos cuantos gestos insistentes con los brazos y gritos, nadie me había visto antes. Para mi maldita suerte, la única persona en hacerlo era más corta que un estornudo de gato.

Cinco minutos después estaba de vuelta, con un miembro de las fuerzas públicas de Londres a la zaga. Gruñí. Antes de morir, sentía una razonable alta estima por la policía. Los había visto en televisión. Se pasaban los días persiguiendo a criminales y no descansaban hasta que conseguían a su hombre. El desastre total en el que convirtieron la investigación sobre mi muerte me hizo cambiar de opinión. Aquellos días no podía evitar pensar que la mayoría de ellos no sabía hacer la o con un canuto.

—Ahí está, agente.

El policía miró con atención la habitación, aparentemente vacía. Una sonrisa asomó a mis labios; esto iba a ser más entretenido de lo que pensaba.

—¿Dónde?

Jeremy lo miró con dureza y señaló directamente hacia mí.

—Allí.

Tras seguir la línea de su dedo, el policía frunció el ceño.

—Yo no veo a nadie.

—¡Está justo delante de usted! —dijo Jeremy. El enfado empezaba a asomar en su voz—. De pie, junto a los lavabos, y haciendo un gesto muy grosero, debería añadir.

Mirándolo de reajo con desconfianza, el policía dijo:

—¿Ha estado usted bebiendo, caballero?

—¡No, maldita sea, no lo he hecho! —explotó Jeremy—. He venido aquí para utilizar los servicios y encontré a esta... esta... mirona espiándome. Entre usted y yo, creo que no está bien de la cabeza.

—Oye —lo saludé sarcásticamente con la mano—, que puedo oírte, idiota. Estoy muerta, no sorda.

Jeremy torció el gesto, como si no se creyera del todo lo que había oído.

—¿Va a hacer algo con ella o no?

El Señor Guardia se irguió en toda su estatura.

—No utilice ese tono conmigo, señor. No hay nadie en esta habitación aparte de nosotros, y si a alguien le falta un tornillo aquí, es a usted. —Sus pobladas cejas se unieron amenazadoras—. ¿Se da cuenta de que malgastar el tiempo de la policía es un delito?

—Siento haber comenzado todo esto. —Jeremy se cruzó de brazos y suspiró—. Vayamos al grano. ¿No puede ver ni oír a una adolescente haciendo una espantosa imitación de un mono frente a usted en este preciso momento?

El policía ni siquiera se molestó en echar un vistazo.

—No, señor.

Jeremy primero lo miró a él y después a mí.

—Bien. No he estado bebiendo, pero quizá debería. De hecho, voy a empezar *ahora*.

Se volvió y cruzó el suelo de baldosas dando golpes con los pies.

—¡Adiós! —grité con dulzura, agitando los dedos ante su retirada—. ¡Vuelve por aquí!

Se enderezó mientras subía las escaleras y después desapareció. Sacudiendo la cabeza, el agente de policía lo siguió, dejándome sola. Mi sonrisa burlona se fue evaporando lentamente. El tipo podía ser un imbécil de campeonato, pero por lo menos notaba mi presencia. Ahora estaba sola otra vez. Se me empezó a formar un nudo en la garganta. Tal vez lo de imitar a un chimpancé había sido un error.